

Política de ayuda

¿Ayudar a quién, exactamente?

The Economist, Washington, DC. 24 de abril 2013 ¹

El triste destino de la ayuda alimentaria exterior estadounidense es ocupar un sitio en la política de “punto dulce”, dice Chris Barrett, experto en la materia en la Universidad Cornell. Su presupuesto, mayor al de cualquier país, es lo suficientemente grande como para atraer intereses especialmente rapaces, pero aun así, suficientemente pequeño y complejo como para que sus escandalosas ineficiencias rara vez sean asuntos que ocupen ocho columnas.

Lo escandaloso apenas lo amerita. Dado que Estados Unidos comenzó a donar excedentes de trigo, harina de maíz, aceite vegetal y otros productos agrícolas hace seis décadas a los hambrientos del mundo, el programa ha sido capturado en el “triángulo de hierro” de los intereses agrícolas, los transportistas y las organizaciones de voluntarios, con total ayuda del Congreso. Los reglamentos determinan que la mayor parte de ayuda alimentaria deba ser comprada a los agricultores estadounidenses y procesada en Estados Unidos. Enseguida, al menos la mitad debe transportarse a bordo de buques de bandera estadounidense. Dado el severo freno sobre la competencia, el transporte marítimo consume 16% del presupuesto de Alimentos para la Paz, el mayor programa de ayuda alimentaria.

Bajo un sistema llamado “monetización”, las organizaciones benéficas y no gubernamentales sufren un recorte de toda ayuda que no sea de emergencia, la cual representa alrededor del 30% de Alimentos para la Paz. Organizaciones de voluntarios reciben los productos estadounidenses, los venden abiertamente en los mercados locales y luego utilizan las ganancias en obras altruistas. En promedio, este sistema “inherentemente ineficiente” pierde 25 centavos de cada dólar del dinero de los contribuyentes que envían, según la Oficina de Responsabilidad Gubernamental. Y los alimentos suministrados a menudo inundan mercados frágiles, perjudicando a los agricultores locales a quienes se pretende ayudar.

La Casa Blanca propuso grandes cambios en su reciente plan presupuestario, pero tales cambios pronto quedan bajo reglas que atan la ayuda a los intereses estadounidenses. Cerca de 1.4 mil millones del dinero destinado a Alimentos para la Paz pasaría a las cuentas de la Agencia para el Desarrollo Internacional de Estados Unidos, (USAID) que opera bajo reglas más flexibles, lo que permitiría compras locales o bien, enviaría directamente fondos a los hambrientos mediante vales, e incluso transferencias de telefonía móvil. Esto reduciría los plazos de entrega de 11 a 14 semanas, dice USAID, y al mismo tiempo ahorraría suficiente dinero para alimentar a 4 millones de niños más cada año.

La monetización dentro del programa Alimentos para la Paz quedaría desechada. En una concesión a los agricultores nacionales, al menos el 55% de los fondos se utilizarían todavía

1. <http://www.economist.com/blogs/democracyinamerica/2013/04/aid-policy>

para la compra y el transporte de la producción estadounidense. Un giro hacia la adquisición de alimentos ricos en nutrientes, como crema de cacahuete enriquecida o galletas, requerirá embarques menos voluminosos para transportar la misma cantidad de calorías. Los exportadores contrariados recibirán 25 millones de dólares como auxilio en la transición para ayudarlos a que se adapten.

Ahora el Congreso debe decidir qué hacer. Rajiv Shah, capitán de USAID, es optimista en cuanto a que los reformistas ganarán esta discusión, al apuntar hacia un entorno fiscal, en el cual hay que hacer que rinda cada dólar. La ayuda alimentaria moderna es parte de la lucha contra las ideologías extremas, añade: Estados Unidos necesita medios inteligentes para ayudar en los puntos de conflicto globales, como en Siria ahora.

Pero no se hablaría de Estados Unidos si no se vislumbraran peleas territoriales en el Congreso. Miembros del comité de granjeros contra colegas que supervisan los asuntos exteriores. Las reformas han fracasado antes. Lo único que se puede esperar es que no ocurra otra vez.